

# Los cinco sentidos de Manu

PEDRO AGUILAR SERRANO

La primera imagen que tengo de Manu Leguineche es la de un escritor decimonónico. Envuelto en una manta, aporreando una vieja Olivetti con sus dedos y alumbrado por tres camping gas que le servían de estufa en su vieja casa de campo. Era el año 1991. Manu hacía unos meses que se había comprado la "casa del inglés" en la cuesta de Cañizar. No tenía luz eléctrica, todo funcionaba con un depósito de gas que siempre estaba averiado, pero a Manu le daba igual. Había venido a Guadalajara atraído por su cercanía a Madrid y porque el paisaje que se ve desde La Mata le recordaba a Kenia. Guadalajara le había elegido, como él decía siempre. A partir de entonces la Alcarria de su admirado Cela sería su paraíso, el lugar donde se retiraba a escribir sus libros. Y Manu, aunque no era del mismo Bilbao, sino de una aldea cercana a Guernica, no iba a consentir que los caprichos de un depósito de gas le impidieran escribir, aunque esa noche del mes de febrero en Torija, la "casa del inglés" estuviera a cero grados.

Con los años comprobé que Manu era un adicto a la lectura y a la escritura, pero que su gran pasión era el periodismo. Con los primeros rayos de sol del invierno se sentaba en la puerta de casa o en el jardín, ya en Brihuega, encendía la radio e iba desmenuzando uno a uno todos los periódicos y revistas que se habían ido acumulando durante la semana. Antes ya había escrito, de buena mañana, algún artículo de urgencia. Cada día compraba cuatro diarios y las revistas informativas correspondientes, y los leía. Seguro que los del 22 de enero de 2014 están esperándole encima de la mesa, en la entrada de su casa de Brihuega.

Lo leía todo. Arrancaba los artículos que le parecían interesantes y los almacenaba en un cesto. Tenía miles y miles. No había ordenadores pero su cabeza privilegiada, superdotada diría yo, le bastaba para recordar dónde estaba aquél artículo y qué decía. Cuando había terminado la tarea cogía un libro y sólo levantaba la cabeza al sonar las señales del parte de Radio Nacional. Después unos vinos, la comida, una partida de mus (su otra pasión) y a escribir. Primero los artículos del día para la agencia, después los libros. Manu dormía muy poco, su cabeza no paraba de escribir.

Uno de los pocos premios que no le dieron, y en Periodismo los tiene todos, fue el del Mérito al Trabajo, ningún jurado estaba capacitado para seguir su ritmo diario y emitir un juicio justo. Hasta que su enfermedad le fue dañando, Manu siempre estaba trabajando. Jugando al mus había veces que se queda-

ba ausente, algo le había venido a la cabeza y a partir de ese momento la partida se precipitaba, le quemaba dentro y tenía que soltar lo que fuera, negro sobre blanco, ya.

Leer, escribir, su profesión, jugar al mus y Guadalajara. Los cinco sentidos de Manu Leguineche. Cuando hablaba de esta provincia Manu era, ya lo decía Umbral, como un chico pequeño, mimoso, nervioso y tierno. Le interesaba todo lo que tenía que ver con Guadalajara. A él se le ocurrió la idea de organizar en el castillo de Torija el primer museo dedicado a un libro: "Viaje a la Alcarria", lo que sería el germen del Citug. De él fue

la idea de promocionar La Alcarria en Fitur mediante la creación de una tertulia en un stand y la concesión de

unos premios que atrajeran el reclamo de los medios de comunicación nacionales.

Enemigo de las aglomeraciones, no dudó, por el cariño a esta tierra, en acudir todos los años a la cita del Turismo y animar a sus amigos famosos a hacerlo. Nada de cuanto ocurría en Guadalajara le era ajeno. Se enteraba de todo y lo transmitía con auténtica pasión, hasta el detalle más nimio, en el pueblo más pequeño, era capaz de contarlo con ese entusiasmo de portera fisgona que

todos los periodistas llevamos dentro. Se entusiasmaba con la noticia y era capaz de entusiasmar a todo los que estábamos a su alrededor... Se me olvidaba, Manu fue el principal

gladiador contra la instalación de una cárcel en la Alcarria. A él fue al primero

que acudí cuando cayó en mis manos el informe

que tenía preparado el Ministerio. Él movilizó a todos

los medios nacionales, machacó a los ministros y directores con preguntas incómodas en cada rueda

de prensa que había en Madrid. Él movilizó a Cela, ¡un Premio Nobel!, a que

escribiese un artículo demoledor en el que amenazaba con

atarse a las máquinas si empezaban las obras, y, finalmente fue a una periodista de su agencia (Pilar Cernuda) a quien el

ministro del ramo le dijo en un almuerzo de trabajo: "dile a Manu que lo ha conseguido, que la cárcel no se pondrá en la Alcarria, que nos deje ya en paz".

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

Manu Leguineche no sólo ha escrito uno de los libros más hermosos que se han escrito nunca sobre nuestra provincia, "La felicidad de la tierra", sino que ha sido el forastero que mejor ha entendido al paisanaje alcarreño, que no es fácil. "Pedrito, me dijo una vez, cuando uno llega a un pueblo lo último que debe ponerse es un sombrero... La gente odia a quienes llevan sombrero, hace falta tiempo para que te acepten con él". Manu acabó poniéndose el sombrero, se paseó por cada pueblo de esta provincia y sus gentes, nosotros, le correspondimos con el mismo cariño que él nos brindó. Adiós maestro amigo.

